

“BORRASCA DE SILENCIO”

—el pilar redondo—

Ax-les-Thermes, región Midi-Pyrénées, Francia, invierno de 1972.

Las gélidas temperaturas del rosicler han enjalbegado con una escarcha malva los tejados de pizarra de las casas del pueblo de montaña galo. Las luces alboras son arrulladas por los murmullos del río Ariège, cuyas aguas, antes de discurrir bulliciosas por el sinuoso cauce, brotan enérgicas de las entrañas de la tierra, nutriendo con su cálido caudal las piscinas y fuentes termales de los balnearios ancestrales de la localidad, donde quedan ahogados por igual dolores del cuerpo y padecimientos del alma.

El anciano no tiene ánimo para poner un pie fuera de la cama. Hoy ha fraguado rotunda en su ánimo la añoranza por su tierra segura, que tanto echa de menos a cada golpe de respiración, como si sus pulmones tuviesen necesidad del aire puro de la Sierra de Segura. Esta mañana siente más cansancio que el que acumulaba al caer la tarde, tras las sacrificadas jornadas en las que echaba el bofe intentando romper las glebas del olivar al que su padre consagró su vida, toda su existencia el hombre esperanzado en que el cielo tuviese a bien serle propicio y pudiese vivir la satisfacción de que en los surcos, que ahondaba con el arado —la vieja mula tiraba de él por la empinada ladera—, se fortaleciesen los olivos, y que en las frondosas ramas fructificasen hermosas las aceitunas de la variedad pico limón, autóctonas de la tierra, las cuales habrían caer como una lluvia halagüeña tras el vareo. << ¡¡Llueve dinero, hijos; llueve dinero de los olivos!! >> Le parece oír a su padre, gritando

con contentura cuando la cosecha era abundante, y las aceitunas hermosas caían en aguacero sobre los mantones que las cuadrillas de aceituneros extendían alrededor de los olivos.

El aire que respira resuena enflaquecido bajo el pecho, como si el compás de la respiración se lo marcase el céfiro que, con un silbo afligido y adelgazado, caracolea en los soportales de la plazoleta a la que se asoman las ventanas de su dormitorio. Acurrucado, con el embozo de la manta de lana oprimiendo su cuello cual tierno y cálido filo de guillotina, deja escapar un resuello que entraña el espíritu de un suspiro; de un suspiro hondo que quizás entraña tanta melancolía como aflicción entrañaban los suspiros de los musulmanes al dejar atrás las fortalezas, torres vigías y atalayas que levantaron en los primeros tiempos del emirato, de las que quedan numerosos vestigios en la comarca de la Serra de Segura, como lo son las torres de Santa Catalina, construidas en tapial de argamasa a lo largo de una loma entre los ríos Trujala y Orcera, lugares mágicos para el imaginario infantil, pues atraían a una chiquillería ávida de dirimir diferencias con batallas fantaseadas que se saldaban con chichones en la cabeza, con arañazos en piernas y brazos, con ropas desgarradas, y donde pasaban horas de búsqueda infructuosa de vasijas colmadas de monedas de oro que, quizá, los musulmanes dejaron adrede por si volvían, ocultas en cámaras secretas excavadas en el interior de aquellas construcciones deterioradas.

La mirada de algas del viejo orcereño huye fugitiva a través del ventanuco de la habitación. Al otro lado del cristal, se elevan como imponentes gigantes de granito los farallones de las montañas, que a él le recuerdan las escarpaduras calcáreas que custodian Orcera. En lontananza, las cumbres,

coronadas de nieve, se ven ceñidas por un nimbo de nubes dóciles. Los recuerdos, aliados con el helor que anega la alcoba, hacen estremecer al hombre, como si sus huesos hubiesen sido acariciados por las yemas de hielo de los nudosos y gélidos dedos de la Parca. Su enteco cuerpo se recoge sobre sí mismo, cual cochinilla manoseada por un niño. Como si algo le faltase para sentirse tranquilo y seguro, saca la mano del caldeado refugio donde la abriga. Abre el cajón de la mesilla de noche. Agarra la vieja navaja con un brío inusitado. Pulsa el botón. La hoja se despliega fulminante. En el filo metálico se reflejan sus ojos, como si fuesen funambulistas temerarios. Da la impresión de que su vista, enlucida por un velo aguanoso, hubiera quedado atrapada en un laberinto de evocaciones; extraviada en un punto vacuo en el que parece abrirse una sima que desemboca en el pasado. Un conato de sonrisa desbarata el gesto adusto de su ajado rostro, las mejillas blanqueadas por una barba rala de varios días, los canosos y recios pelos brillantes como luciérnagas decrepitas que a punto están de abonar los bosques con sus despojos. Aunque se encuentra adormilado, cree estar reviviendo una escena añeja, como si una alucinación inesperada lo hubiese arrojado contra una realidad revivida. El hombre se ve embargado por una certeza: por más que su cuerpo le pidiese lo contrario, hizo lo correcto la última vez que puso un pie en su pueblo natal, Orcera, de eso hace ya una eternidad...

*

Orcera, Comarca de la Sierra de Segura, invierno de 1933.

El viento que sopla del norte levanta de la tierra una fragancia a húmeda dejadez, y agita la salvaje espesura de los abrojos que han chupado la fertilidad del huertecillo, e invadido el muladar y los aledaños del gallinero. El

aire, helador, escalda los pulmones al ser respirado. El hombre saca fuerzas de flaqueza para empujar la puerta del cobertizo; al girar sobre sus ejes, los goznes lanzan un gemido adolorido, como si alguien hurgase con un punzón en la costra de orín que los mantenía entumecidos. Se estremece al recibir la bocanada del rancio aire que permanecía cautivo en el interior. Diseccionando la penumbra con la mirada, se queda embobado al observar cómo reluce la legión de partículas de polvo que flamea en las entrañas del haz de luz que, como una estocada certera, se cuela por un roto del ventanuco, atravesando la turbiedad de la habitación con igual eficacia que la afilada faca de un matarife traspasa la capa grasienta de la barriga de un cerdo tras ser sacrificado. Examina la estancia con una detectivesca mirada que, cargada de emoción, se abre paso a través de la opacidad reinante. A contraluz, las siluetas de los aperos de labranza y los trastos viejos —amontonados como piras de desecho pendientes de ser devoradas por la polilla y el desuso— se esbozan como los perfiles borrosos de fantasmas vetustos que incitan a la memoria a salir del letargo en el que parece haber caído. Pero él no olvida. Despiertan de sopetón los recuerdos que permanecieron guarecidos durante casi tres lustros en la zona más abisal de su mente, creídos de encontrarse a salvo de las dentelladas que propina la conciencia y de los ácidos que vomitan los remordimientos.

Según avanza, sombras perturbadoras parecen cobrar vida sobre las paredes de adobe del destartado habitáculo. De las carcomidas vigas de madera, que aún se resisten a ser doblegadas por la fuerza de la gravedad, y que heroicas sostienen los restos apocalípticos de la techumbre, penden ristras de pimientos choriceros cual pústulas de épocas pretéritas, bajo las que

todavía siguen abiertas heridas infectadas por desasosiegos y odio, quizá a la espera de que la consumación de un acto de venganza aplazado acabe por cicatrizarlas. Junto a ellas, cuelgan hiladas de mazorcas de maíz que dan la impresión de ser estalactitas de bronce forradas de escaras enmohecidas. Impera en la atmosfera el pestilente y húmedo sahumero que exhalan las flores muertas que amortajan la sagrada tierra de los cementerios abandonados, donde las tumbas sobreviven al olvido sorteando la falta de oraciones y lágrimas que mantienen impolutas las lápidas y cruces, e inmaculados los querubines y santos que custodian el descanso eterno de los difuntos, asegurándoles la paz merecida. De súbito, de los tabiques del cuartucho parece como si emergiesen los ecos asfixiados de las risas que atestiguan que el ahora desolado cobertizo, otrora humilde dormitorio de los hermanos Ugeda, fue un recinto inmaculado, un predio cuasi sagrado de juegos y confidencias. Un tabardo acuoso envuelve la mirada del hombre al clavar este los ojos en la losa de pizarra; situada en un rincón, se alza como un altar en precario equilibrio sobre una pilastra de piedra que fue pulida a conciencia para que los roedores no pudieran trepar por ella. Las piezas de fruta —permanecen encima como cuentas de un rosario roto— están momificadas por el paso del tiempo.

<< Venga, zangolotino, ordena esas manzanas y vamos a asearnos para ir a la verbena, a ver si te ennovias con Elena de una puñetera vez. >>

Sergio reconoce con certeza la voz. Se gira rápido hacia el lugar de donde le parece que proviene, y que no es sino de la esquina donde antaño se encontraba el aguamanil con su tapa de mármol, sobre la que permanecían la palangana, y el jarrón siempre lleno con agua que la madre extraía del pozo.

Pero sus ojos solo se topan con tinieblas magulladas bajo una borrasca de silencio que sofoca incluso los resuellos del céfiro que afuera sopla encorajinado.

Traga saliva. El semblante de Sergio torna acongojado. Los años que lleva sin aparecer por su hogar han infectado su alma con esa añoranza metálica y ácida que cuece con lentitud el carácter inocente de un muchacho, hasta convertirlo en el de un hombre curtido, tal vez desabrido. De nuevo le parece escuchar la voz, nítida y familiar:

<< ¡Venga, Sergio, vete de una vez “pal” baile, so zangolotino! >>

Los recuerdos concurren en tropel, como en romería acuden a la iglesia una grey de campesinos, creyentes y ateos, para rogar al Santo Patrón en tiempo de sequía...

**

Festividad de la Candelaria, Orcera, 2 de febrero de 1919.

Los hermanos Ugeda están exhaustos. Ese es el fruto que recolectan cada jornada en el olivar al machacarse el cuerpo mientras pasan el santo día laboreando en la finquita de olivos que, como si fuese un mordisco dado a las lindes orientales del latifundio de los Felguera, les dejó su difunto padre, y en la que destripan terrones durante horas, desde que el sol descuella por encima de los farallones, y hasta que, sangrante y desfallecido, naufraga allá por donde se intuyen los lejanos límites de la propiedad de los Felguera, inabarcable para la vista. El cansancio machaca hasta la consunción el aliento de los hermanos. Pero la juventud de ambos les pide divertirse en la fiesta en honor de la Virgen de la Candelaria, que se celebra en el paraje conocido como del Convento, a

cinco minutos a pie del pueblo, donde sitúan bancos y preparan un merendero, y donde el paisanaje cantará y bailará en corros, amén de degustar la rosca de la Candelaria u hornazo

—Venga, zangolotino, ordena esas manzanas cuanto antes y vamos a asearnos para ir a la verbena, a ver si te ennovias con Elena de una puñetera vez.

— ¡Qué bien huele ese ajo pringue, madre! Aunque no sé yo si estará más bueno que los andrajos con conejo que nos hemos comido hoy. Tiene usted una mano para la cocina que ya la quisiera este zangolotino para acariciar a la Elena

—Serás mameluco... ¿Cómo se te ocurre decir semejante pulmonía delante de madre?

Aurelia, haciendo oídos sordos, deja de pelar las patatas cuando ve aparecer por la puerta a sus hijos. Se acerca a ellos para comprobar si van bien acicalados, pero sobre todo para bendecirlos con una oración:

—Santísimo Cristo de la Vera-Cruz, mándanos la lluvia, riega el campo Tú. Señor, Señor, tenos compasión. —Plegaria más oportuna que nunca a la vista de la escasez de lluvias.

—Siempre tiene presente al Cristo de la Vera-Cruz, madre. Se va a poner celosa la Virgen de la Candelaria; no olvide que hoy es su festividad.

—No lo olvido, hijos. Pero en la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, delante del Cristo de la Vera-Cruz, me desposé con vuestro padre, y bajo su amparo os pusimos cuando os cristianamos. Él es lo más grande para mí.

La mujer deja sobre las frentes de sus retoños sendos besos que encierran toda la ternura que es capaz de derrochar una madre protectora de sus hijos. Está pálida, el rostro como si fuese de alabastro. Su ánimo, de natural alegre, parece apocado, como una espiga marchita en un trigal yermo.

—Madre, ¿le ocurre algo? La veo como descompuesta, muy mustia.

—No es nada, hijos. Solo es más de lo mismo: que desde que murió vuestro padre no soy capaz de levantar cabeza, y eso que ya van para cuatro años desde su falta. Debe de ser que la pena me arde en las entrañas, y el corazón y la cabeza se me llenan de tanto humo que no encuentro la forma de apagar esta congoja que me achicharra el alma.

—Ve adelantándote hermano. Yo me quedo con madre hasta que se le pase el malestar.

—No, hijo, de eso ni hablar; os vais los dos juntos. Esto se me pasa en un santiamén tomando unas gotas de Agua del Carmen. Anda, tráeme el frasco; está en el estante alto de la alacena.

—El potingue ese al que tanta fe le tiene se lo traigo volando, madre, pero de dejarla sola... Ni piense que eso va a ocurrir. Y déjese de sonrisas fingidas que la conozco de sobra. De aquí no me muevo hasta que la vea como una rosa. La verbena puede esperar, y no se preocupe si hoy no meneo el esqueleto, que ya tendré tiempo de hacerlo mientras los huesos sigan en su sitio. Será por bailes... Y tú arrea, zangolotino, no te vayas a creer que esa chiquilla a la que le tienes echado el ojo se va a quedar sin mover los pies en toda la noche, guardándote la ausencia como a un novio que se va al frente.

Bien sabes que los mozos se la van a rifar. Como no es guapa ni ná... ¡Venga, vete de una vez “pal” baile, zangolotino!

—Yo no voy a ninguna parte con el run run en la cabeza de que madre anda pachucha.

—Vete tranquilo, hermano, que ya me basto yo para ocuparme de madre como Dios manda. ¿Acaso quieres que alguien se te adelante y te robe a la Elena? Y háblale sin titubear; con mucho respeto, pero con firmeza, que con esa timidez que te gastas solo vas a conseguir quedarte compuesto y sin novia. Pero mírelo madre: enamorado de la Elena hasta el tuétano de los huesos, y parece que tiene aguachirri en las venas cuando está delante de ella.

—A alguien tiene a quien salir. Porque eso mismo le pasaba a vuestro padre conmigo. En la tasca con los amigos era una fiesta, pero cuando se ponía delante de mí era la encarnación de la cortedad. Anda, vete ya, Sergio.

—Bueno, me voy, pero porque me estáis echando de la casa poco menos que a patadas. —Bromea el mayor de los Ugeda.

—Espera, hijo, que casi me olvido. Toma. —Lo requiere la madre, entregándole un paquete envuelto en hojas de periódico pasado de fecha y atado con bramante.

— ¡Pero bueno, madre! ¡Es preciosa la zamarra!

El joven quisiera comerse a besos a su madre.

— ¡Quita de encima, zalamero! Te la compré ayer en el mercadillo de Segura. Y de paso le encargué al aguador que cuando viniera por Orcera me

*trajese unos cantaros de agua de la Fuente Imperial, que tan fresca y rica es.
¿De verdad que te gusta la zamarra, Sergio?*

—Cómo no ha de gustarme, madre... Y me está que ni 'plantá'. A lo mejor se la dejo alguna vez al borrico de mi hermano, pero cuando ya esté vieja y 'desgastá'. —Se mofa risueño de Fernando, su hermano pequeño, por el que siente verdadera devoción.

A Fernando, ni por asomo, le molestan las bromas que le gasta Sergio; el pequeño de los Ugeda adora a su hermano mayor, a quien considera poco menos que como un padre que siempre lo ha protegido y cuidado desde la infancia, por entonces echándole comida de la suya en el plato, o fingiendo no tener apetito para que él comiese algo más, pues se estaba criando muy esmirriado.

El joven, con el gesto demudado y la respiración entrecortada por las prisas que se ha dado, llega a la explanada del Convento, donde otrora se levantaba el monasterio de la Peña, paraje donde un campesino encontró la imagen de la Virgen mientras labraba. A lo lejos, resuenan contra los muros sacrosantos del templo parroquial de Nuestra Señora de la Asunción de Orcera las campanas que llaman a misa de ocho, cuyos acordes metálicos compiten con las notas desacompasadas de la orquesta, un quinteto de infortunio cuyos integrantes visten como si aspirasen a ganar el primer premio del concurso de disfraces que se convoca durante el carnaval. Los músicos ponen verdadero empeño en sacar partido de los instrumentos que tocan, aunque solo logran parodiar de manera caótica las tonadas de algunas coplas que la audiencia reconoce porque son muy populares. Aún así, el baile no cesa ante una concurrencia carente de exigencias musicales, aunque derrochona en ganas

de jolgorio. Además, hay un enfervorizado deseo de mover los esqueletos que se contagia como por ensalmo, por obra y gracia del frío que tanto arrecia, dejándose notar arisco a pesar de la enorme fogata que arde en mitad de la explanada, siendo casi una temeridad quedarse a pie parado, pues se corre cierto riesgo de congelación.

Las muchachas casaderas, algunas sentadas en el banco de madera que han acarreado los mozos desde el templo, a espaldas del páter, y otras formando corrillos, esperan junto al fuego a que las saquen a bailar, vigiladas de cerca por sus madres, quienes parecen estar en otra cosa, pero que no les quitan el ojo de encima. Bajo la capa de carmín que disimula el cuarteado de los labios —quemados durante el trabajo en el campo—, las jóvenes se afanan por disimular las sonrisas de ansiedad que afloran cada vez que cruza por sus cabezas la peregrina idea de que nadie se fije en ellas; temen acabar bailando unas con otras, que es como si lo hicieran con los santos de la iglesia, muchas embargadas por el temor de terminar sus días vistiéndolos. Los mozos apuran sus vasos de aguardiente, confiados en que el alcohol los convenza, como por ensalmo, de que se han convertido en galanes irresistibles por más que descompongan el gesto bajo la humareda de los cigarrillos de picadura, que fuman como carreteros para apaciguar los nervios, algunos de ellos subyugados por toses de perro asilvestrados.

Unos críos risueños avizoran desde detrás de los matorrales, esperanzados en que pronto puedan lucir pantalones largos de pana, licencia para poder asistir al baile como hacen los adolescentes, quienes dan los primeros pasos en un camino iniciático que ha de concluir al entrar en quintas, salvoconducto para convertirse en hombres hechos y derechos que tendrán la

licencia de poder apartarse por unos meses de los campos de labranza para patear los patios de armas de los cuarteles a cambio del rancho y del honor de servir a una patria que apenas nada hizo por ellos, salvo vestirlos de soldados, y de arrancarlos de sus familias de igual modo que de la tierra se extirpan las malas hierbas. Mientras tanto llega ese ansiado momento, se conforman con mirar, con tomar buchecitos de alguna gaseosa de colores robada de un puesto de bebidas, y con dar caladas a pitillos de matalahúva que achicharran sus gaznates y sahúman sus ropas. Ríen los mozalbetes a carcajadas mientras urden un plan para elegir una nueva víctima, a la que han de convertir en el próximo pardillo de entre los zagales más pequeños del grupo escolar, a quien llevarán a los pinares de los alrededores del pueblo para cazar gamusinos, pero con la única y verdadera intención de dejarlo allí abandonado, atado al pino “que llore más resina por su corteza”, aunque ya habrá alguno de ellos que se chive al maestro de la patraña cometida, para que al pobre incauto no se lo coman las hormigas a picotazos.

El cura, censor implacable, acecha el desarrollo del baile en compañía del alguacil, aunque él quisiera poder hacerlo desde torreón de la iglesia, que él considera como el púlpito que en vida más lo aleja de la tierra —su particular valle de lágrimas—, y del que se vale para sentirse más próximo al cielo, al ansiado paraíso que espera ganar si el Creador tiene a bien llamarlo a su lado, aunque ignora que quizá pueda llamarlo a su presencia para decirle de viva voz, y cara a cara, que lo manda directo a los abismos de la tierra, donde hierve el fuego eterno. Es escoltado por un par de beatas, las dos mujeres más cotillas del pueblo, las cuales serían capaces de despellejarse entre ellas por ganarse el favor principal del párroco. Con los ojos como un búho, el páter no

pierde detalle de cuanto acontece a su alrededor, campanilla de la iglesia en mano que no dudará en hacer sonar de manera briosa al más mínimo desenfreno que descubra, defensor y vigilante —él se siente investido como guardián del rebaño por obra y gracia del Creador— del decoro y decencia del paisanaje al completo, virtudes que exige a diario a su feligresía, que, a opinión suya, cada vez está más indefensa ante las dentelladas que inflige a la fe católica la vida licenciosa que lleva, extramuros de su iglesia, una juventud cada vez más sorda a sus beatíficos sermones, y más interesada en asuntos políticos que conducen hasta las mismas puertas del averno, según el clérigo pregona con voz rotunda, como si hubiera retumbado en el interior del santuario ibérico de la Piedra del Águila.

Fernando, hijo único de don Alejandro Felguera —mandamás incontestable y terrateniente de la comarca—, está apostado en compañía de su cuadrilla junto al kiosco donde sirven licores, vinos y embutidos. Acapara la conversación, pero sin perder de vista a Elena, la hija del dueño del único colmado del pueblo. La muchacha no le presta atención. Porque ella se bebe los vientos por Sergio Ugeda. La chica se azora al ver que este se aproxima a ella. Tragando saliva, el joven saca valor para pedirle bailar a Elena, quien no puede evitar que aflore un coralino rubor por encima de los polvos de maíz con los que ha empolvado sus mejillas. “Hoy está tan guapo con esa zamarra nueva...”, piensa la muchacha. Cuando a punto está de decirle que sí, una voz hosca hace saltar por los aires el agradable regocijo que mariposea en el estómago de la joven.

—Este baile es mío, Elena. Me lo prometiste. —Habla Fernando, autoritario.

—Te dije que bailarías contigo, pero no cuándo.

—Pero yo sí sé cuándo quiero bailar contigo, y resulta que es justo ahora.

—Señorito Fernando, yo le he pedido bailar antes.

—Vamos, Elena. —Desoye de manera despectiva a Sergio.

El hijo del cacique, gastando muy malos modos, agarra por el brazo a la joven y tira de ella, crucificando al mayor de los Ugeda con el vistazo desdeñoso que le echa encima. Se cruzan, retadoras, las miradas de Fernando y Sergio.

—Suel... —se muerde los labios Sergio por un segundo—... Haga el favor de soltarla, señorito Fernando; ya ve que ella no quiere bailar con usted.

— ¿Este descamisado está hablando conmigo? —Habla a su camarilla— Vaya por Dios —chasca la lengua Fernando Felguera—. Ahora resulta que este gañán, cuyo olivar de mierda es un grano en el culo en las lindes de mis tierras, y que no le da sino para ser un campesino muerto de hambre por más que se gaste ínfulas de marqués, se cree que puede entablar conversación conmigo porque viste una zamarra nueva que a mí solo me serviría como felpudo de la cochinería de mi cortijo. Pero vamos a ver, so cacho de infeliz, ¿a ti quién te ha dado velas en este entierro? —Le pregunta, el tono de voz altanero.

—Después bailo contigo, Sergio —intercede Elena al ver que Fernando tiene los ojos inyectados en lava—. Y tú déjalo estar, hombre. —Le pide con aires de súplica al señorito Felguera, tratando de evitar males mayores, pues

bien sabe ella, al igual que todo el mundo en Orcera, pero también en Segura de la Sierra, en Génave, en Benatae y en otros muchos pueblos de la comarca, sabe la gente cómo se las gasta el señorito cuando no se sale con la suya, o alguien lo contradice o le lleva la contraria, más aún estando medio beodo como ya lo está.

—Hoy estás de suerte, Ugeda; ha venido en tu auxilio tu ángel de la guarda. Pero descuida, que ya “bailaremos” tú y yo en otro momento, y entonces ya veremos a ver quién pisa a quién —Fernando habla con tono amenazante, mientras se acerca a Sergio desafiante—. Vamos, Elena, que les he prometido una propina a los músicos si tocan como Dios manda mi copla preferida para bailar con la más bonita del pueblo y de la comarca entera.

La joven lanza una mirada de resignación, aunque cariñosa, a Sergio. El mayor de los Ugeda se sumerge en una borrasca de silencio, la cabeza humillada, como si buscase en el brillo de sus zapatos el arrojito que le falta para cruzarle la cara al señorito Felguera, que si no lo ha agarrado por el pescuezo ha sido por temor a que el hijo del cacique luego pagara sus malas pulgas con Elena, y eso sí que no iba a consentirlo, ni aunque le costase la vida.

Al terminar la pieza de baile, Sergio se acerca a Elena. Vuelve a pedirle bailar. Fernando no suelta a la joven, ni le presta oídos a pesar de que ella le pide por favor que la deje en paz. Sin mediar palabra, Sergio le propina un puñetazo. Fernando da varios traspiés tratando de evitar lo inevitable: dar con sus huesos en el suelo. Con una tonada descompuesta, que más parece un alarido, la banda de música cesa la pieza que apenas había comenzado a tocar. El silencio se abre paso de sopetón entre los presentes, como una

borrasca súbita. Aturdido por el golpe y por los efectos del aguardiente consumido, Fernando se revuelve en el suelo, sin atinar a encontrar un punto de apoyo para ponerse en pie. Acuden a ayudarlo los amigos, dos de los cuales sujetan por los brazos a Sergio, para impedir que huya, algo que ni se le había pasado por la cabeza al mayor de los Ugeda. Nadie acude en su defensa, pues todos saben qué tipo de malas pulgas se gasta el hijo del cacique, que solo con chivar a su padre el nombre de cualquiera que se le ponga entre las cejas, basta para que lo deje sin poder trabajar en sus tierras durante semanas o meses, ya que los Felguera imponen con mano dura la ley de la obediencia a cambio de no aplicar la del hambre, un cambalache de pleitesía y mansedumbre por jornal.

El cura observa la escena en silencio, temeroso de abrir el pico. Porque sabe que si se le ocurriese intermediar, no digamos ya afear el comportamiento del señorito Felguera, los generosos cuartos que la esposa de don Alejandro Felguera deja en el cepillo de la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, fruto del sudor de los aparceros a los que el terrateniente exprime sin compasión y el de los jornaleros explotados sin que medie el más mínimo rastro de humanidad, dejarían de tintinear en las arcas eclesiásticas, y el paraíso terrenal del sacerdote dejaría de ser tan boyante y amable.

Al levantarse del suelo, y notar que la sangre brota por la comisura de sus labios, Fernando le pega una tremenda patada en la entrepierna a Sergio. El joven se desploma de rodillas, el aire no llegándole a los pulmones.

—No hay en toda la Sierra de Segura mamarracho alguno que le ponga la mano encima a un Felguera y luego pueda contarlo. Esa zamarra nueva va a ser tu mortaja. Porque a lo mejor no lo sabes, pero resulta que has firmado tu

sentencia de muerte, Ugeda. Tu cadáver va a ser abono para las míseras fanegas de tu olivar, que no serán fértiles como merecen ser hasta que formen parte de las mías, porque esos olivos tienen que ser míos tarde o temprano. —Lo amenaza Fernando mientras lo agarra por los pelos, acercando su boca, de aliento aguardentoso, a la oreja de Sergio.

Antes de que Sergio puede decirle que nunca se verá delante de un notario para firmar la escritura de su propiedad a favor de un Felguera, recibe un tremendo revés, el anillo que luce en uno de sus dedos el señorito Felguera causándole una herida que le cruza el pómulos. El hijo del cacique remata su vil faena escupiéndole en la cara, y propinándole una patada en la barriga. Sergio Ugeda se retuerce de dolor en el suelo, y falto de aliento.

Elena llora desconsolada. La gente permanece muda y atónita, sin saber qué hacer. La banda de música no atina a enlazar una nota con otra con algo de afinación y compás para volver a tocar con un mínimo de decoro. En el interior de las llamas de la hoguera parece flamear el miedo de un pueblo entero. El cura, ahora sí, toca la campanilla con brío, como si tocase a rebato, incitando a todos a seguir con la fiesta o a marcharse con vientos frescos a otra parte, pero con orden y sin rechistar.

Al llegar a la casa, Sergio se dirige rápido hacia el cobertizo, tratando de evitar que su madre lo vea herido. Deja caer la zamarra, llena de polvo, sobre una silla de enea, junto a la pelliza de su hermano Andrés. Sin lavarse la cara, se echa sobre el jergón de lana. Aterido, se aovilla; abraza sus rodillas y las achucha contra el pecho. Andrés, que lo ha sentido llegar, acude al encuentro

del primogénito de los Ugeda. Le da lástima verlo así de encogido, tan valentón como se comporta cada vez que tiene que ponerle los puntos sobre las íes a algún listillo, o como se ponía de envalentonado cada vez que salía en su defensa frente a algunos grandullones de la escuela, que parecían tener querencia por insultarlo, algo que al señorito Felguera le sacaba de sus casillas, pues en más de una ocasión lo hizo poner pies en polvorosa. Intuye que su hermano ha tenido un contratiempo, y no de poca monta, pues no ha entrado a darle un beso de buenas noches a la madre, quien duerme de manera plácida, ya sosegado el malestar que padecía. Al ver la herida que le cruza la mejilla, trata de curársela con un poco de alcohol y ungüento, pero Sergio se revuelve, enfurruñado. Andrés le pregunta si ha sido el hijo del alcalde quien le ha pegado. Los ojos vidriosos responden por él, las lágrimas derramadas quemando la cara de Sergio y achicharrando las entrañas de Andrés.

— ¡Es un malnacido! —Aprieta los puños Andrés, hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos— Ya va siendo hora de que alguien le dé un buen escarmiento a ese holgazán hijo de la gran perra.

Ofuscado como está, y sabiendo que su hermano por nada del mundo va a dejar de ajustarle las cuentas al señoritingo Fernando, Andrés decide adelantarse. Sin pensarlo dos veces, decide salir en defensa de quien tantas veces lo defendió a él sin importarle el recibir un buen mamporro. Echa mano a la pelliza y sale corriendo del cobertizo, con ánimo de ir al encuentro de Fernando para darle su merecido, algo insólito en él, de natural aprensivo más que pacífico. Pero por una vez en su vida, Andrés ha sacado el coraje que late

por debajo de su cobardía para salir en salvaguarda de su hermano Sergio, tantas veces como ocurrió al revés.

Apenas transcurrido un minuto desde que Andrés saliera de la casa como perseguido por un lobo hambriento, resuena un escopetazo, que inflama con un resplandor de plomo la endeble luz de aluminio que ilumina las calles de Orcera en una noche de cielo encapotado y luna nueva. Enmudece en seco el pasodoble que, esta vez sí, interpreta con fortuna la banda de música. Sergio y su madre, sobresaltados y con el corazón en la boca, se echan a la calle. Encuentran a Andrés en una oscura calleja cercana a la fuente de Los Chorros. El menor de los Ugeda yace tumbado bocabajo en mitad de un charco de sangre. La atmosfera está infectada aún por el olor a pólvora. Los gritos desgarradores de ambos son avecinados por el viento hasta el paraje del Convento. El paisanaje acude diligente al lugar de la tragedia. Tras la primera y sobrecogedora impresión, se impone una mudez cortante que arroja llantos ahogados, e inventa una borrasca de silencio sobre la que flamea, como un vaho denso, el miedo; un miedo que entraña helor e incertidumbre; un miedo que, por mucho que traten de disimularlo, los cuerpos de los vecinos escupen transfigurado en temblores indómitos a través de los poros de la piel, estremecida de terror.

EPÍLOGO:

Las amenazas de don Alejandro Felguera corrieron por las calles de Orcera como una riada, surtiendo un efecto devastador casi al instante. Al

entierro de Andrés apenas acudió un alma. Porque el cacique dejó bien claro que quienes se fueran de la lengua o quienes tuviesen el atrevimiento de acompañar a la familia Ugeda durante el velatorio, funeral y sepelio del muchacho asesinado, no encontrarían trabajo en sus tierras, ni tampoco en las de sus amigos, y ni siquiera en los aserraderos de la comarca.

Tras dar tierra a Andrés, Sergio y su madre decidieron abandonar el pueblo. Las pocas fanegas de tierra que poseían fueron puestas al cuidado de un conocido que sí se atrevió a desoír el mandato del terrateniente. El portalón del hogar de la familia Ugeda fue cerrado con tres vueltas de llave; con tres cerrojos que en el silencio de la noche sonaron como un augurio de campanas doblando a muerto. No miraron atrás mientras la tartana los alejaba del lugar, madre e hijo tomados de la mano, y con sus corazones en el puño.

Las pesquisas llevadas a cabo por la Guardia Civil para dar con el autor del acto criminal se consumaron como un auténtico paripé que acabó dando forma a un legajo de declaraciones infructuosas que fue archivado en un sótano sombrío y húmedo por orden del Juez Titular del Partido Judicial de Orcera, que era amigo íntimo de don Alejandro Felguera, quien, haciendo uso de su poder omnímodo en la comarca, supo alzar una barrera de impunidad entre la tumba de Andrés y la celda de la cárcel provincial de Jaén que debería haber ocupado su hijo Fernando a la espera de que un verdugo diera buena cuenta de un sujeto tan despreciable.

Años después, Sergio regresó a Orcera para dar tierra a su madre en el cementerio municipal. Se sentía orgulloso de haber cumplido a rajatabla la

promesa que se hizo a sí mismo de mantenerse alejado del pueblo mientras su madre viviese, por más que el cuerpo le pidiese de continuo regresar para cobrarse una deuda que estaba pendiente y cuya falta de cobro le quemaba las entrañas. Porque jamás habría hecho pasar a su madre por el trance de tener que enterrar a sus dos hijos; uno asesinado a escopeta, y el otro ajusticiado a garrote vil.

Tras dejar a su madre enterrada junto a su hermano Andrés, Sergio se dirigió hacia su casa. Entró en el cobertizo. Recordó entonces a su hermano saliendo de allí como un energúmeno, deseoso de darle un escarmiento al señorito Fernando por lo que le había hecho a Sergio. Se estremeció al recordar el sonido bronco y seco del escopetazo; la imagen dantesca de Andrés tirado en el suelo, el cadáver abrigado por la zamarra que aquella tarde del baile le regaló la madre al mayor de los Ugeda, y que Andrés, ciego de ira, cogió por error cuando abandonó el cobertizo. La prenda de Sergio, nueva, aunque enlucida de polvo tras la pelea, se convirtió en la mortaja de Andrés. Fernando Felguera, oculto entre las sombras de la noche, le descerrajó un escopetazo por la espalda al confundirlo con el primogénito de los Ugeda.

Sergio estuvo un rato merodeando en su pasado, quizá tratando de aplacar evocaciones que le quemaban las entrañas. Situado junto a la ventana, permanecía en pie el pequeño banco de trabajo donde los hermanos Ugeda tallaban figuritas de madera tras regresar del campo, el suelo de alrededor aún amortajado por restos de virutas de madera y serrín. En un cajón destartado seguían las herramientas, muchas de ellas embadurnadas de óxido; las revolvió. Dio con lo que buscaba: la navaja que le regaló su añorado hermano en el último cumpleaños que pasaron juntos, la hoja flamante y bien afilada

todavía. La agarró con todas sus fuerzas, las cachas de nácar bien aprisionadas en su puño, los ojos arrebatados de fiereza. << ¡Venga, vete de una vez “pal” baile, zangolotino! >> Le pareció escuchar de nuevo la voz risueña de Andrés. Guardó la navaja en el bolsillo de la zamarra de su difunto hermano, prenda que Sergio usaba siempre en los días de frío, para sentir a Andrés bien cerca de él, piel con piel. Abandonó el cobertizo con la cara de Fernando Felguera grabada a fuego en su mente. Las calles de Orcera permanecían envueltas en una borrasca de silencio.

A Fernando ya le habían ido con la noticia de que Sergio había regresado al pueblo para dar tierra a su madre. El señorito Felguera pensó de manera fulminante que el mayor de los Ugeda trataría de ajustar cuentas con él sin perder tiempo. Sintió en sus tripas, y con toda su crudeza, el mismo helor que le dejó en los huesos el abandono y desprecio que sufrió por parte de los amigos que antes le reían las gracias, aquellos que bailaron al son de su poder absoluto antes de que llegasen los cambios políticos y la pérdida de influencia de la familia. Corrió a refugiarse a la abacería del padre de Elena, siempre llena de hombres que tomaban un chato de vino o echaban la partida de mus o de dominó ras la labor, y de mujeres que acudían a hacer la compra. Enmudeció la clientela del establecimiento cuando apareció por el lugar, donde no era bien recibido. Desoyendo al dueño, se sentó en un taburete justo al final de la barra, junto a la entrada de la trastienda, anhelando hacerse invisible como por ensalmo. Empalideció al ver a Sergio Ugeda cruzar la puerta del establecimiento.

—Sírvele al Felguera un chato del mejor vino que tengas. —Pidió Sergio al abacero.

— ¿Del Matarromera? Es caro.

—No importa el precio; yo invito. —Respondió, sin apartar la mirada, heladora, del señorito Felguera, en cuyos ojos comenzó a flamear el miedo al advertir que el mayor de los Ugeda portaba la navaja en la mano—. Este criminal va a brindar a la salud de todos nosotros antes de...

—Sergio, le petit déjeuner —la voz lo arranca del embeleso— est prêt¹.
Tu ne vas pas te lever aujourd'hui?²

—Ya voy.

Sentado en la mesa de la cocina, esboza una sonrisa mientras embadurna la tostada de mantequilla usando la navaja, la taza de café humeante junto al plato.

— Qu'est-ce qui te fait rire?³ —Le pregunta la anciana a Sergio.

—Ya sabes que no me gusta que me hables en francés. Y me río porque me acabo de acordar de la cara que puso el malnacido de Fernando Felguera cuando se dio cuenta de que acababa de mearse y cagarse encima al verme aparecer navaja en mano por la abacería de tu padre; de eso me río. Pobre diablo. Seguro que habrá vivido estos años en el pueblo, odiado por todos, y mucho peor que nosotros, que, aunque vivamos en el exilio, estamos rodeados de nuestra familia, no como él, que se quedó más solo que un perro al perder sus tierras en timbas de mala muerte. De eso me río, y de las vueltas que da la

¹ Sergio, el desayuno está preparado.

² ¿No vas a levantarte hoy?

³ ¿De qué te ríes?

vida. Porque aquel día que lo invité a un chato de Matarromera me habría convertido en un asesino si mis ojos no llegan a toparse con tu mirada, Elena.